

Eric Clapton: la orfandad paradisiaca

Pablo Espinosa

Había una vez un hombre a quien le gustaba escapar del paraíso.

Se esforzaba por llegar a la meta, hacía todo lo necesario para conquistar lo que quería. Le gustaba obtener. Y en cuanto lo lograba, dejaba de quererlo y se fugaba.

A sus sesenta y siete años, ese hombre cumple medio siglo de carrera artística y lo celebra con humor: “cuando cumpla setenta —anuncia—, dejaré de hacer giras, porque viajar se ha vuelto insufrible; ya no quiero lidiar con oficiales de migración que me maltratan como si fuera un terrorista en potencia y porque siempre se me olvida quitarme el cinturón del pantalón y sacar las monedas de los bolsillos antes de pasar por los arcos detectores en los aeropuertos”.

En esos cincuenta años como músico, Eric Clapton ha vivido el infierno y el paraíso y ha sobrevivido historias dantescas y ahora vive para contarlo porque ya no se avergüenza de su pasado y su futuro —sopesa— “está lleno de abundancia en amor y sonrisas”.

Pertenece a la generación de los huérfanos de la guerra: John Lennon no tuvo madre, de eso siempre se quejó y su padre también brilló por su ausencia. Roger Waters, el líder de Pink Floyd, hizo óperas con rock donde la madre ausente y el padre muerto en el campo de batalla son sus fantasmas tutoriales.

Eric Clapton tampoco tuvo madre, al menos de eso se quejó durante décadas. Su padre es otro fantasma militar, un oficial canadiense, músico, que conoció a una muchacha de dieciséis años en una fiesta en el poblado británico de Ripley.

Edward Fryer, se enteró la jovencita ya cuando estaba embarazada, era un hombre casado y Pat —cuyo padre, Reginald Cecil Clapton, había muerto de tisis cuando ella tenía tres años— tuvo que enfrentar la rea-

lidad como madre soltera, apoyada por su madre, Rose y la nueva pareja de su madre, el buen hombre Jack Clapp.

“Yo nací secretamente en el dormitorio del primer piso el 30 de marzo de 1945. Tan pronto como fue posible, cuando yo tenía dos años, Pat abandonó Ripley y mis abuelos me criaron como si fuera su hijo. Me pusieron el nombre de Eric, aunque todos me llamaban Ric”, cuenta en su valiente autobiografía (*Clapton: The Autobiography*, Global Rhythm Press / Editorial Océano).

El arte del enmascaramiento lo trajo de nacimiento: no se llamó Ric Clapp, de acuerdo con el apellido de su abuelo, que fungió/ fingió como su padre, sino Eric con el apellido de la madre: Clapton.

El niño Ric, o Eric, se enteró pronto del engaño, pues vivía en una casa chica de familia grande y en un pueblo chico, infierno grande, donde todos cuchicheaban la palabra *bastardo*, el peor estigma a pesar de que en la región abundaban los hijos naturales debido a la gran cantidad de soldados y pilotos que habían pasado por Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial.

Su autoestima murió en ese instante. Se habría de dedicar a luchar por conseguir todo aquello que repitiera ese decreto: como yo no merecía nada —contaría décadas después— “me dediqué a buscar mujeres que me terminarían abandonando, como lo hizo mi madre”.

No sabe qué tuvo más, si más guitarras o mujeres.

Su primera guitarra fue una Hoyer fabricada en Alemania que costó dos libras. “Yo la había escogido como la guitarra de mis sueños: brillaba mucho y tenía algo de virginal. Parecía un elegante aparato venido de otro universo y mientras intentaba rasguitarla, sentía que estaba pasando al territorio de la madurez”.

En su condición de marginado, el niño Ric, o Eric, sufrió mucho. Era retraído y su respuesta ante el infortunio era el aislamiento. Se convirtió en un experto en el arte de escapar.

Por el contrario, “la música se convirtió en alivio, y aprendí a escucharla con los cinco sentidos. Descubrí que así podía borrar todos los sentimientos de miedo y confusión relacionados con mi familia”.

Cuando tenía nueve años, su madre se apareció en su vida, solamente para decepcionarlo más. Por entonces estaba casada con un soldado canadiense llamado Frank MacDonald y llevó con ella a Ripley a sus dos hijos pequeños. El niño Eric se armó de valor y le preguntó: “¿Puedo llamarte mamá?”. En medio del silencio de la familia reunida, estremecida, “Pat me respondió con mucha educación: creo que después de todo lo que han hecho por ti, lo mejor será que sigas llamando a tus abuelos mamá y papá”, y a ella, en consecuencia, tenía que seguir llamándola “hermana”. Escribió Eric años después: “en ese instante sentí un rechazo absoluto”.

Como era un niño muy mimado y consentido, consiguió que sus abuelos le compraran una guitarra acústica Kay, de diez libras, copia de una Gibson ES-335 de cien libras.

“Cuando me compré esa guitarra ocurrió otra cosa más sustancial. Tan pronto como la conseguí, dejé de quererla. Este fenómeno iba a repetirse a lo largo de mi vida y a causarme muchos problemas”.

Carente de educación sexual, el niño Eric sufrió castigos injustos debido a acciones que cometió con las niñas de su escuela sin saber el significado de nada. Eso determinaría también su conducta sexual durante muchos años, hasta la etapa previa en que tocó fondo y logró su rehabilitación alco-

hólica, no sin antes aceptar una invitación de Roger Waters para salir de gira: “como siempre, acabé envuelto en algunas relaciones sexuales bastante salvajes con algunas mujeres inquietantes, todo bastante sórdido”.

La vida de Eric Clapton, todos lo saben, estuvo plagada de excesos. Sexo, drogas, rocanrol, la fórmula vital de los años setenta.

Muchas veces estuvo a punto de morir debido a ese tren de vida. Pero siempre se salvó, pues él era un experto en escapar, tanto del infierno como del paraíso.

Dos sucesos resultaron determinantes en su vida: enamorarse de la mujer de su mejor amigo: Pattie Boyd, esposa de George Harrison, y la trágica muerte de su hijo.

Conor Clapton fue un ángel que vino a salvarlo del infierno, pues Eric Clapton ya se había salvado de la adicción a las drogas pero había caído en el alcoholismo y en una situación donde la única salida que vislumbraba era el suicidio.

La mañana del 20 de marzo de 1991, cuando jugaba en el departamento que su padre —un hombre en busca de sí mismo que esa mañana iba por él para llevarlo a pasear al Central Park de Nueva York— había comprado para él y su madre, Lori, quien se encargaba de Conor Clapton mientras Eric Clapton se preparaba para convivir cada vez más tiempo con su hijo, pues consideraba que todavía, en ese momento, “si yo lo cuidara todo el tiempo, sería como un niño cuidando a otro niño”. El paseo se convirtió en celestial —de acuerdo con una de las canciones que escribió Eric en memoria de su hijo—, pues el pequeño cayó por accidente desde el piso 23 del edificio.

Para entonces, Eric ya había regresado, después de una terrible recaída, a la clínica de Hazelden, “el mejor centro de tratamientos para alcohólicos del mundo”. Y lo hizo porque ver a su hijo, estar con él, aprender a ser padre, él que no tuvo padre ni madre, se convirtió en su mayor ilusión. “Lo hice por Conor, él me ayudó a mantenerme sobrio como lo más importante de mi vida”.

No fue un asunto fácil. La recaída ocurrió una noche cuando regresaba a casa, luego de haber ido de pesca (“lo que me ayudaba mucho a guardar la calma”) pero de pronto vio un *pub* al lado de la carretera. “Empezaba a anochecer y a través de las



Eric Clapton

ventanas se veía un alboroto de gente que bebía y se divertía, y en ese momento no tuve aguante. La memoria selectiva que poseía acerca de la bebida me decía que estar en la barra de un *pub* en una noche de verano frente a una larga y alta caña de cerveza con lima representaba el paraíso, y decidí no acordarme de las noches en las que me había sentado con una botella de vodka, un gramo de coca y una escopeta considerando el suicidio”.

Buscó escapar del paraíso, de ese paraíso artificial. Y escribió una canción que le nació del fondo del corazón: *Holy Mother*, “en la que pedía ayuda a una fuente divina, a una mujer que ni siquiera podía empezar a identificar”. Fue un sincero grito de auxilio.

Una noche en el centro de desintoxicación, luego de la recaída, Eric tocó fondo: se suponía que esa clínica era un territorio seguro, sin embargo, él se sentía en grave peligro, absolutamente aterrizado. Desesperado.

En ese momento, “casi por impulso propio mis piernas cedieron y caí de rodillas. En la intimidad de mi cuarto supliqué ayuda. No tenía noción de a quién pensaba que le hablaba, sólo sabía que ya no podía más, que no me quedaban fuerzas para luchar. Entonces recordé lo que había oído sobre rendirse, algo que pensaba que nunca haría, que sencillamente mi orgullo no permitiría, pero supe que nunca conseguiría

salir solo, así que pedí auxilio y, puesto de rodillas, me rendí”.

Había logrado dominar su ego. Porque llegó a creer que era cierto lo que decían los grafitis que sus admiradores pintaban en las paredes de Londres: “Clapton is God”. El superhéroe Clapton. El invencible. El indomable había logrado, esa noche de espanto, domar su ego y con él a todos sus demonios y venenos.

Cuando visitaba, reía y jugaba con el niño Conor Clapton, el niño Eric Clapton era muy feliz. Y se mantenía sobrio. En su ausencia, la ilusión de verlo nuevamente, el amor de Conor, lo mantenía sobrio.

A los pocos días de aquella noche de espanto cuando dominó por fin su ego, “me di cuenta de que me había ocurrido algo. Un ateo diría con toda seguridad que sólo consistió en un cambio de actitud, y hasta cierto punto eso era cierto, pero se trataba de mucho más que eso. Yo había encontrado un lugar que siempre había sabido que estaba ahí pero en el que nunca había querido, o necesitado, creer. Desde ese día hasta hoy, nunca he dejado de rezar, por la mañana, de rodillas, para pedir ayuda, y de noche para expresar gratitud por mi vida, y sobre todo, por mi sobriedad. Elijo arrodillarme porque siento que necesito humillarme cuando rezo, y con mi ego, eso es lo máximo que puedo hacer”.

Arrodillarse es una situación constante en las canciones que ha compuesto Eric

Clapton en este medio siglo de carrera. Versos de *Tears in Heaven*, donde pregunta al espíritu de su hijo muerto si lo reconocería cuando él muriera, en algún lugar, misma pregunta que se había formulado cuando murió su abuelo-padre: ¿nos volveremos a encontrar?, ¿hay otras vidas donde podemos aprender lo que no pudimos en esta? Esas inquietudes encuentran solución cuando el autor se pone de rodillas: “el tiempo, sólo el tiempo te puede derribar, sólo el tiempo puede hacerte caer de rodillas / el tiempo puede romperte el alma y postrarte a suplicar / pero sé que del otro lado de la puerta hay paz, estoy seguro / y por eso sé que ya no habrá más lágrimas en el cielo”.

De rodillas, me tienes de rodillas, le decía Eric a las innumerables mujeres de las que se enamoró perdidamente, de las que se obsesionó y a las que conquistó y una vez que las tuvo las dejó de querer. Como a sus guitarras.

Con la diferencia, dice ahora el sexagenario sabio, feliz padre de cuatro niñas, “de que mi guitarra, de que la música, siempre estuvo ahí, para salvarme”.

El verso: “Layla, me tienes de rodillas” ha sido coreado por millones en el mundo, tanto en sus conciertos en vivo como en las distintas versiones en disco. Significa la postración máxima que hizo Eric cuando no podía escapar del infierno: *Layla, Darling, won't you ease my worried mind?*

La obsesión por Pattie Boyd nació de la convivencia con su mejor amigo, el esposo de Pattie: George Harrison, quien rechazado a su vez por Lennon y McCartney, quienes no reconocían su talento como compositor, acudía a Eric Clapton para mostrarle sus nuevas canciones e invitarlo a los estudios de Abbey Road, para que lo apoyara tocando en la grabación de *While my guitar gently weeps*, por ejemplo, y de esa manera los otros Beatles lo aceptaran.

Recuerda Eric que cuando George Harrison “escribió una de sus canciones más hermosas: *Here comes the sun*, fue que me di cuenta, frente a él, de que me estaba enamorando de Pattie, su mujer”.

Años después, confiesa Eric Clapton: “creo que lo que me movía al principio fue una mezcla de lujuria y envidia, pero todo eso cambió en cuanto conocí mejor a Pattie. Me había fijado en ella por primera vez en

los camerinos del Savile Theatre, en Londres, después de un concierto de Cream y había pensado que era bella de una manera atípica. Esa impresión se reforzó cuando estuvimos un rato juntos. Recuerdo que pensé que su belleza era también interna. No se trataba sólo de su apariencia, aunque sin duda era la mujer más bonita que había visto en mi vida. Consistía en algo más profundo... También codiciaba a Pattie porque se trataba de la mujer de un hombre poderoso que parecía tener todo lo que yo quería: coches asombrosos, una carrera increíble y una esposa preciosa”.

Pattie Boyd, la legendaria Layla.

Pero en realidad hubo una Layla anterior, la verdadera:

Alice Ormsby-Gore, de apenas 16 años de edad y quien era “perturbadoramente bella... la diferencia de edad parecía enorme y tenía un aspecto muy frágil y un poco como de otro mundo. La encontraba del todo irresistible. Con su aire melancólico y las ropas árabes con que solía vestirse, había salido directamente de un cuento de hadas”.

Su amigo Ian Dallas estimulaba aun más esa fantasía, “ya que me contaba el cuento de Layla y Manjun, una romántica historia de amor persa en la que un joven, Manjun, se enamora apasionadamente de la hermosa Layla, pero el padre de ésta prohíbe el matrimonio y él enloquece de pasión. Ian siempre decía que Alice era la perfecta Layla”.

Y se embarcó, de nuevo, Eric en una nueva aventura de la que saldría profundamente lastimado. Lo movía el deseo de revancha: haber crecido con carencias pero ahora relacionarse con una chica de alta sociedad.

Su corazón en realidad rodaba cuesta abajo por Pattie, la que resultó ser la Layla “histórica”.

La relación Eric/Pattie fue desastrosa, como ya lo era el matrimonio George/Pattie. Eric insistió, insistió, insistió. Obsesivo. Suplicó a Pattie que dejara a George y se fuera a vivir con él. Le dijo a su mejor amigo: “estoy enamorado de tu mujer”, lo que hirió profundamente a Harrison, mientras Clapton vivió, en paralelo, una de sus etapas más creativas, con el grupo Derek and The Dominos, con quienes grabó la primera de muchas versiones de *Layla*, que se convirtió en un éxito definitivo.

Además de *Layla*, habría de escribir otras canciones acerca de su obsesión por Pattie y, una vez que consiguió su objetivo, vivieron una temporada muy felices, cuando escribió *Wonderful tonight*, en un periodo de su vida en que su única preocupación era que su mujer, Pattie, “se tardaba mucho en vestirse y arreglarse para salir juntos”.

Pronto, de nueva cuenta, Eric se encargó de convertir su relación en un infierno.

Su exitosa carrera le hizo ganar tanto dinero que hizo caso del consejo de un ami-



go para exiliarse —como lo hicieron en su momento los Rolling Stones en Francia— a las Bahamas para no ser esquilados por el gobierno en cuestiones fiscales.

Alquilaron una mansión en Islas Paraíso, donde al principio la vida fue idílica, pero Eric ya había conseguido lo que quería y, sencillamente, ya no lo quería. Y se volvió a aislar. Se escapó del paraíso y en la Isla Paraíso se encerró a cultivar su nueva obsesión: el vodka.

Siguió la etapa más triste, aterradora, en toda su existencia: su vida como alcohólico. Protagonizó los escándalos más vergonzosos en público, frente a su mujer o frente a su público en los conciertos.

Un periódico alemán publicó la verdadera razón por la que Eric cancelaba muchos conciertos de último momento: “Demasiado borracho para hacer música”, tituló la nota un periódico en Frankfurt.

Afloraron en furioso pelotón todos sus demonios. “Los viajes para tocar con otros artistas constituían una buena excusa para escapar de Isla Paraíso”.

Eric Houdini Clapton, el maestro del escapismo.

Antes de lograr salir del abismo del alcohol, Eric Clapton vivió en peligro muchos años. Siempre escapó, experto como era, de morir en sus autos deportivos carísimos que conducía, borracho, a elevadas velocidades. Terminaba colgado de un ár-

bol o entre los fierros retorcidos. Increíblemente ileso.

Cinco úlceras en el estómago, una de ellas que presionaba el páncreas estaba a punto de volarlo en mil pedazos, mortal de necesidad. Esa experiencia le ayudó a saber que tenía una segunda oportunidad. De hecho, del fracaso de sus relaciones amorosas se preguntaba al final: ¿qué es lo que tengo que aprender de esta experiencia?

El programa antialcohólico de los doce pasos, que sigue con puntualidad hasta la fecha, lo mantiene sobrio ya por más de un cuarto de siglo.

En su autobiografía lo ha contado todo, sin otro afán que la expiación, como una manera terapéutica, porque ya no le avergüenza su pasado y ha logrado controlar la cadena de culpa y expiación de su alcoholismo y, como todo alcohólico en tratamiento, busca ayudar a otros a mantenerse sobrios; de hecho, donó sus guitarras más queridas para fundar una clínica en la isla de Antigua.

Seis años después de que Eric publicó su testimonio en forma de libro, aparece *Un maravilloso presente* (Editorial Océano), escrito por Pattie Boyd con el periodista Penny Junor.

Además de corroborar lo que escribió su ex esposa, Pattie añade, a sus 69 años, nuevos elementos: era divertido, narra, ver a George y a Eric enfrentarse “empuñando sus guitarras como dos caballeros medie-

vales peleando por mí, con sus canciones: George me escribió *Something* y Eric me hizo *Layla*. Ganó Eric. No podía creer que yo pudiera levantar tanta pasión”.

Así como Eric había escrito que Harrison tenía tanta afición por el cultivo de lo espiritual como de lo carnal, Pattie completa: “cuando volvió de la India me dijo que quería ser una especie de Krishna, un ser espiritual que compartía su vida con varias concubinas”.

George le cantaba a Pattie en la cocina de su casa, al oído, *Something* casi todos los días. “Pero inmediatamente después se hacía el disimulado, salía de la cocina y se iba a la cama con Maureen, la esposa de Ringo Starr; con Krissie, la esposa de Ron Wood y tantas otras”.

Pattie, por cierto, también se acostaba con Ron Wood, así como una noche Eric había llevado al camerino de los Stones a su nueva amante, Carla, y al presentarla a Mick Jagger le suplicó: “con ésta no, por favor, Mick, creo que estoy enamorado”, y al día siguiente Mick y Carla vivieron el cataclismo que estaba destinado para Eric: “terminé agradeciendo a Mick. Ese infierno que vivió con Carla era para mí”.

Sexo, drogas, rocanrol. La revolución cultural de los hijos de la guerra, en búsqueda de sí mismos.

Cuando Eric asistió por vez primera con un psicoterapeuta, perdió los estribos ante la pregunta del doctor: “dime: ¿quién eres?”. “¿Cómo que quién soy?”. Respondió fuera de sí el músico: “dame una guitarra y te demostraré quién soy”, de igual manera que enloqueció cuando un policía lo detuvo, ebrio, y le preguntó, con su identificación, confiscada, en mano: “¿Es usted Erick Patrick?”. Su nombre de infancia, tan desgraciada infancia.

A sus 67 años, feliz padre de cinco hijos con Melia, “la primera relación sana en mi vida”, dice ahora, en cambio: “ya sé quién soy: un viejito cascarrabias”.

Y se arrodilla, para pedir auxilio y después para dar gracias.

Despojado de su atuendo invisible de Houdini, escapó de su infierno y se construye a diario el paraíso: su yo interior.

Le da risa el apodo “Clapton is God” y prefiere el de Slowhand. Eric El Manolenta ya no se escapa. **U**

